

DOSSIER

¿Es necesaria una perspectiva específica para las parejas de inmigrantes?

Is a specific approach necessary for immigrant couples?

André JACOB

RESUMEN

Partiendo de la conclusión central de una investigación sobre los factores de ruptura y de continuidad de dos grupos de parejas inmigrantes haitianos y salvadoreños, el autor desarrolla una reflexión crítica sobre la intervención psicosocial con parejas inmigrantes. La inmigración no es el factor capital que lleva a las parejas a separarse, en cambio se puede decir que los factores dominantes son muy parecidos a los que afectan a las parejas no-inmigrantes: violencia, dificultad de comunicación, adulterio, alcoholismo, etc. Por lo tanto, la intervención no tiene que considerar solamente las diferencias culturales sino las diversas dimensiones de una situación. Esta postura considera que la perspectiva estructural es muy útil en la intervención psicosocial con parejas inmigrantes.

PALABRAS CLAVE

Intervención psicosocial, parejas de inmigrantes, diferencias culturales, perspectiva estructural.

ABSTRACT

Based on a fundamental conclusion coming out of a research on factors influencing separation or continuity among 2 groups of immigrant couples, Haitians and Salvadorians, a critical approach of psychosocial intervention with immigrant couples is presented in its broad range. If immigration is not the mere factor which leads couples to get divorced or separated, some other important factors, like the factors influencing non immigrant couples, serve as references for the discussion: violence, alcoholism, communication problems, extra-marital affairs, and so on. So, not only cultural differences must be considered in psychosocial intervention but various dimensions of the same situation. That assumption means that a structural approach has to be considered in psychosocial intervention with immigrant couples.

KEY WORDS

Psychosocial intervention, immigrant couples, cultural differences, structural approach.

Desde los comienzos de mi ejercicio en la intervención social con los inmigrantes, diversos profesionales de la intervención me han preguntado si las parejas de inmigrantes tenían problemas especiales. La hipótesis más corriente presupone que los problemas específicos de algunas parejas provienen de la experiencia migratoria. Si fuese de ese modo, un tipo de intervención específica sería necesaria en caso de divorcio y de separación. Inspirándome en estos planteamientos derivados la práctica, partí de una hipótesis sencilla, a saber que la experiencia migratoria constituye un acontecimiento central en la vida de las parejas que han vivido la inmigración, sea como inmigrantes o como refugiados.

Para llevar la investigación a término, procedí en primer lugar a una identificación de parejas-objetivo que pudieran proporcionar los indicios para la interpretación de la dinámica de las parejas con dificultades. Dos grupos de parejas parecían perfectamente indicados al estar en dos corrientes migratorias diferentes, los haitianos y los salvadoreños. Los haitianos representan una inmigración relativamente reciente en Canadá ya que comenzaron a inmigrar a partir de mediados de los años 60. En relación con los salvadoreños, forman un grupo de inmigración más reciente, al inmigrar después de 1986, a raíz de que los Estados Unidos de América votara una ley de expulsión para todas aquellas personas que carecían de estatus definido. Otros grupos podían haber sido escogidos para la muestra, pero exigencias de tiempo y económicas obligaron a la elección de dos grupos solamente. La muestra fue formada por 20 parejas cuyos 2 miembros eran de origen salvadoreño, 10 parejas separadas o divorciadas y 10 viviendo juntos, así como de 20 parejas de origen haitiano, 10 separadas o divorciadas y 10 conviviendo. Las parejas fueron comparadas con una muestra de 20 parejas, cuyos miembros habían nacido en Quebec. Todos los miembros, cualquiera que fuese su origen, tenían que haber sido

pareja al menos durante 5 años, vivir en Canadá al menos desde hacía 5 años, y en el caso de los separados o divorciados, tenían que estar separados desde hacía al menos 2 años.

La investigación fue efectuada desde un enfoque cualitativo. Hemos utilizado una entrevista en profundidad por separado con cada uno de los miembros de la pareja, así como el modelo de historias de vida unido a un cuestionario objetivo para identificar cierto número de datos sociodemográficos.

La principal conclusión supuso una sorpresa significativa al negar la hipótesis de partida: la inmigración no constituye un acontecimiento determinante en la trayectoria de las parejas. Los factores más importantes en los motivos de separación o de divorcio se muestran parecidos a los de las parejas de no-inmigrantes. A la luz de esta comprobación, no propongo tanto discutir los resultados del conjunto de la investigación como las diversas implicaciones para la intervención psicosocial.

¿Que concluir de semejante comprobación? No existe una respuesta sencilla, ya que como hemos visto, se manifiestan distintas diferencias entre los factores que conducen a la ruptura de una pareja de los que mantienen la vida conyugal, pero también se encuentran varios puntos de convergencia. Por ejemplo, parece claro que el alcoholismo, el adulterio y la violencia conyugal generan a menudo las mismas reacciones y llevan al divorcio y a la separación. Sin embargo, la interpretación que las personas hacen de ello o las diversas maneras de abordar los temas y de intentar buscar soluciones, pueden diferir en diversos aspectos. Aquí se encuentra el nudo gordiano de la intervención. ¿Donde se sitúa entonces la línea de demarcación entre lo diferente y lo convergente, entre las parejas que han vivido la inmigración y las que no la han conocido?

La literatura sobre el tema ofrece ciertas pistas que conducidas por la corriente

«multiculturalista» confirman que la tendencia dominante en toda intervención con colectivos minoritarios a nivel demográfico debe apoyarse en las diferencias culturales. No comparto del todo esta tesis. Sin embargo, como subraya Hardy, no se trata de caer en el extremo opuesto y negar todas las diferencias culturales (1989: 21), ya que hay que reconocerlas. Entonces, ¿por qué discutir acerca de la construcción de perspectivas de intervención fundadas en el reconocimiento de las diferencias? Las implicaciones de este debate para la intervención conllevan dimensiones fundamentales a nivel teórico, epistemológico, ideológico, metodológico y finalmente práctico. Se podría postular que los grupos etnoculturales que han vivido el proceso migratorio presentan características monolíticas, a lo que nos oponemos debido a que esta visión no corresponde a la realidad, y además implica una perspectiva de diferenciación favorecedora de discriminación. La postura extrema consistiría en afirmar que en realidad no se deben tener en cuenta las diferencias ya sean étnicas, culturales, religiosas, «clasistas», etc. En cambio, también sucede lo contrario y se construyen todas las formas de intervención considerando en primer lugar las diferencias culturales. En suma, la polémica está servida y el análisis de las implicaciones de las diversas posiciones merece consideración.

No hay que perder de vista, estima Hardy (1989: 27), que la terapia familiar se muestra a menudo ineficaz en razón de los múltiples errores teóricos y prácticos en relación con las características de una familia procedente de uno u otro grupo etnocultural. En realidad, los terapeutas intentan a veces, mas o menos conscientemente, encajar a la familia en los modelos teóricos de referencia, a menudo adquiridos a lo largo de su formación y que utilizan sin apoyarse en un profundo sentido crítico. Si las familias no entienden bien lo que les pasa o no encajan en los parámetros definidos por los modelos de interven-

ción, los profesionales tienden a acusar a las familias de presentar resistencia a la intervención o de no comprometerse en un proceso de intervención (Hardy, 1989: 28).

CUESTIONAR LAS PERSPECTIVAS DE LA INTEGRACIÓN

Fundamentalmente, es necesario abordar la cuestión epistemológica cambiando las perspectivas básicas de la intervención y a la vez discutir las dimensiones considerando las características étnicas y culturales y sobre todo, las diversas dimensiones de la situación social vivida por las familias y las parejas.

En nuestra reflexión, no tenemos la pretensión de poder responder a todas las preguntas de modo exhaustivo. No es posible tampoco nivelar todas las facetas de las diversas situaciones sociales estudiadas reduciéndolas a un pequeño denominador común que plantease lo siguiente: cada grupo de inmigrantes o de refugiados posee sus características propias y hay que realizar una intervención a medida para cada grupo. ¿Que debe hacer el profesional en algunos barrios de Montreal o de Toronto donde viven personas originarias de más de 80 países diferentes? Es imposible negar las diferencias sociales, culturales y económicas. También es imposible analizar todas las características de tantos grupos diferentes. Es igualmente arriesgado partir del postulado que diría que todo es tan diferente que parece difícil construir puentes entre los modelos de intervención elaborados para la mayoría demográfica y cultural y otros tipos de intervención mejor adaptados. ¡Ahí está el nudo gordiano!

Es una tautología afirmar que cada vez más profesionales se encuentran confrontados a la realidad de lo que Alain Touraine llama el «encuentro de las culturas». Este encuentro «afirma la existencia de conjuntos culturales fuertemente constituidos cuya identidad, especificidad y lógi-

ca deben ser reconocidas, a la vez que plantea que no son enteramente extraños los unos de los otros, aún siendo diferentes los unos de los otros» (Touraine, 1997: 213). En suma, el encuentro de las culturas se vive en plural en un universo estructurante donde todo se juega a partir de múltiples interpretaciones subjetivas. Touraine recuerda que hay que intentar comprender las vivencias a la luz de las referencias que permitan entender la realidad de las diferencias: «Las subjetividades no se comunican, y son por otra parte cambiantes y poco coherentes: es lejos de ellas y de toda forma de conciencia que se deben descubrir las leyes generales de funcionamiento del espíritu humano y de los sistemas que forman las sociedades».

Nos encontramos, pues a la búsqueda de una perspectiva de intervención que tome en cuenta las diferencias culturales así como las dimensiones de cada situación, ya sean económicas, sociales, políticas o ideológicas. ¡Pensemos en el conocimiento del medio de vida como objeto de análisis en la intervención! ¡Y que decir del proyecto de vida de las personas! A veces, los profesionales no conocen bien el medio de vida de la gente con la que trabajan. Es necesaria una postura dialéctica que se inspire en el análisis de un conjunto de modelos de intervención y de reflexiones sobre la intervención y fundamentalmente sobre la realidad de las parejas con las que trabajamos. No perdamos de vista que las sociedades occidentales sufren un proceso de cambio estructural profundo respecto a las preferencias políticas, económicas, sociales y por consecuencia, ideológicas. ¿Significa este giro un debilitamiento del reconocimiento de la diversidad cultural? No es seguro. La tolerancia de las creencias y de los costumbres diversificadas es real pero el mensaje latente está claro en la mayoría de las sociedades occidentales: el discurso sobre la integración conlleva la esperanza de una asimilación progresiva a lo que Touraine denomina «la universalización de la

razón y de la ciudadanía» (op. cit: 215). De hecho, las situaciones no cambian siempre al ritmo deseado por los ideólogos y los políticos pero se produce una conmutación profunda y real que afecta a la dinámica de la sociedad del futuro.

PARTIR DE LAS SITUACIONES SOCIALES

¿Cuales son las dimensiones a considerar en el análisis de las situaciones cuando las personas presentan dificultades en sus relaciones sociales? La respuesta se sitúa tanto a nivel de las personas como de la sociedad, sin perder de vista que los individuos no son los únicos a llevar la prueba de su alienación o de las mil y una formas de exclusión de las que son víctimas. En este sentido, preferimos hablar de situaciones más que de problemas específicos. Esta pista permite salir del paternalismo, del enfoque «victimizante» y de la profesionalización desmedida y tecnocrática. Nuestro cuestionamiento tiende a ampliar el horizonte de nuestro análisis y de la comprensión de las realidades. Se puede decir lo mismo de las situaciones vividas por las familias y las parejas.

Dicha perspectiva implica no perder de vista que la mayoría de las situaciones suponen diversas formas de opresión fundadas en los diferentes motivos de discriminación expuestos en la mayoría de las cartas de derechos de la persona como el sexo, el color de la piel, el idioma, las creencias religiosas, el origen étnico y/o nacional, la condición social, etc. Es necesario pues interpretar las situaciones en términos estructurales. Mullaly define lo que considera una situación social con esta perspectiva: «Una condición que implica la herida social de las personas a gran escala. La herida puede ser física en sus manifestaciones (como en el caso de las enfermedades ligadas a las malas condiciones sociales o económicas), al ámbito psicosocial (en el caso de la alienación), al marco

económico (en el caso de las condiciones de pobreza), al plano político (en el caso de las diversas formas de represión de grupos de oposición) o intelectual (en caso de una educación deficiente). Los problemas sociales no deben ser explicados solo en relación con los individuos, las familias o las subculturas. Analizados de esta manera, los problemas sociales no aparecen solamente como situaciones anormales sino como las consecuencias normales de tal o cual tipo de organización de la sociedad» (Mullaly, 1993: 140). Los problemas de orden psicosocial en los individuos o en las familias son entonces percibidos como una dimensión de una situación social dada. Hay que situar la responsabilidad de las personas en un contexto dado y analizarla a la luz de múltiples dimensiones. Con esta perspectiva, los profesionales deben buscar comprender los lazos de unión entre los individuos, su situación y el contexto social en el que viven. Se puede así mirar con diferente matiz la realidad y ver que los individuos son portadores de ideologías que les llevan a actuar en un sentido u otro; en cambio su modo de definir sus relaciones con los demás y con la sociedad, aunque les parezca totalmente único y personal, descansa a menudo sobre la asimilación de un conjunto de esquemas de pensamiento ligado a un modelo de sociedad impuesto o asimilado mas o menos conscientemente. ¿Impuesta, por quien y como? se preguntan los escépticos. De hecho, el conjunto de los códigos de comunicación, los modelos de consumo, los hábitos de vida, las múltiples formas de relaciones sociales, los fenómenos de percepción del Otro, los modos de pensar y de organizar la distribución de los servicios destinados a población son aspectos completos de la vida social que marcan la vida de los individuos. Semejante consideración sirve de punto de unión para una reflexión sobre la intervención y nos conduce a otra pista a saber, si es estratégico en la intervención social analizar el problema del poder de los diferentes grupos y de las organiza-

ciones que lo sostienen. Como subraya Padilla, las diferencias son entonces incluidas en una perspectiva de estratificación social y de relaciones dinámicas que implican actores dominantes y otros dominados, se quiera o no (Padilla, 1996:3). También estima que el análisis estructural se impone como herramienta de comprensión de la dinámica de las familias inmigrantes en la sociedad norteamericana. En otros términos, hay que analizar las circunstancias que hacen que cierto grupo ocupe determinado estatus social e identificar los lazos de unión entre dicha dimensión estructural y el comportamiento social y cultural de los individuos. Da el ejemplo de las necesidades de mano de obra barata agrícola y las políticas que han favorecido la inmigración de trabajadores agrícolas mejicanos, sin a penas escolarización, hacia los Estados Unidos. Han formado rápidamente un nuevo tipo de proletariado con poco poder (ibid.: 4). Se puede observar el mismo fenómeno en la inmigración africana en Europa.

Padilla propone un análisis holístico de la persona, es decir una perspectiva denominada «situación de la persona» (person situation approach) que destaca la intervención social, la interacción o el desequilibrio entre los individuos y su entorno. Según este modelo, el sentimiento de identidad y de comunidad inmediata de los individuos, así como el sistema nutricional forman parte del contexto social, denominado sistema de mantenimiento (sustaining system), es decir lo que permite al ser humano encontrar respuesta a sus necesidades (hábitat, alimentación, servicios, etc.) (ibid.: 9). La unidad objeto de intervención se convierte en un campo de acción (field of action) en el que el individuo se sitúa de modo transaccional con el sistema de mantenimiento y su entorno físico, cultural e histórico. Otros autores llegan a la misma comprobación (Germain, 1975: 271; Bertot y Jacob, 1991: 184-195).

Según el anterior análisis, la diferencia cultural no puede explicarlo todo. Longres estima que muchos latinos viven en los Estados Unidos desde hace varias generaciones y se enfrentan a problemas derivados de una pobreza crónica que no puede ser explicada solamente por su cultura sino mas bien debido a las situaciones sociales adversas, concretamente las dificultades de acceso a los empleos bien remunerados (Longres, 1991: 55). Biegel piensa del mismo modo con una hipótesis significativa para la intervención social: el refuerzo de las comunidades¹ es una necesidad porque los profesionales no tienen siempre en cuenta el punto de vista de las comunidades en relación con los problemas que les afectan (Biegel, 1984: 119). El vínculo dinámico entre los profesionales se plantea en términos muy prácticos ya que las instituciones están más orientadas hacia los enfoques psicosociales que tienen poco en cuenta las dinámicas comunitarias y estructurales. Por el mismo motivo, hay que volver a cuestionar algunas prácticas institucionales muy alejadas de la realidad.

¿Se puede afirmar de manera global, que este punto de vista niega las dimensiones personales de las situaciones sociales? Esta pregunta suscita una cuestión crucial: ¿como tener en cuenta las dificultades individuales de tipo emocional o las de tipo estrictamente social? En efecto, el malestar interior habita en un buen número de personas y es necesario reconocerlo para poder trabajar con ello. Nuestro planteamiento invita a ir mas allá del análisis de las situaciones en términos psicosociales para considerar el conjunto de las causas de las dificultades personales, en muchos casos en estrecha conexión con las condiciones sociales. En relación con lo expuesto, hay que reconocer que el movimiento feminista ha contribuido en gran medida a demostrar que las situaciones de opresión vividas por las mujeres superan el ámbito de la familia y que se asientan en las estructuras socia-

les. Tal análisis esta menos en boga en este fin de siglo, que tiende a diferentes formas de conservadurismo y de integrista, pero los hechos son inflexibles y es obligado reconocer que las múltiples formas de opresión siguen existiendo: las manifestaciones aparecen de forma sutil si se entra en el ámbito de los valores como el individualismo sobrevalorado, la atracción del consumo, etc.

El análisis requiere que los profesionales desarrollen un sentido crítico o sus capacidades de análisis crítico. En nuestra opinión, tales exigencias son particularmente ciertas en el caso que nos ocupa, es decir la intervención con individuos y familias de diferentes orígenes étnicos y nacionales. Dicho enfoque se basa en que las premisas acerca de las vivencias personales se concretan en dos implicaciones mayores: 1) la práctica individual de la intervención social conlleva ciertas finalidades políticas, concretamente la personalización y la «patologización» de los problemas como mantenimiento del estatus quo social, y una negación de las dificultades personales relacionada con el contexto social; 2) el fortalecimiento de la conciencia crítica de las personas es un incentivo para comprender los factores determinantes de la situación o para analizarla en una perspectiva más amplia que permita romper las barreras interiores o las fuerzas internas de opresión.

PREGUNTAR EL PORQUÉ DE LA INTERVENCIÓN ES TAMBIÉN PREGUNTAR EL COMO

¿Que implica esta perspectiva para la intervención? Hay que hablar de perspectiva puesto que el análisis estructural y la adquisición de competencias (empowerment) no son solo modelos de intervención o un conjunto de técnicas, sino mas bien un objetivo de la intervención y un proceso. Se consideran tres dimensiones en la intervención: 1) el profesional no puede

reforzar sino facilitar el proceso de adquisición de competencias; 2) en vez de actuar como un experto en la búsqueda de soluciones de las situaciones sociales problemáticas, el profesional se implica en un proceso de aprendizaje mutuo con una persona, una pareja, un grupo y una comunidad, intentado comprender y analizar las situaciones con todas las dimensiones que la afectan (sociales, emocionales, económicas, políticas, culturales); 3) el profesional no puede aprovecharse de la situación según su interés, por ejemplo para obtener cierto reconocimiento profesional en la sociedad o en el seno de su organismo. Biegel habla más bien de utilizar el poder de los profesionales para trabajar en la búsqueda de soluciones con otras personas y con las redes (Biegel, 1984: 123).

Si hasta el momento no se ha encontrado nada nuevo ¿como traducir dicha perspectiva en la realidad de la práctica actual? ¿Como, por ejemplo, trabajar con un hombre inmigrante violento recién separado, que atribuiría todas sus dificultades a la cultura de la nueva sociedad a la que intenta adaptarse, porque ha llenado la cabeza de su mujer de valores negativos como la libertad? Esto nos lo contaba un hombre salvadoreño. Entendemos la negatividad en el sentido de valores diferentes a los suyos por lo que son menos válidos para él, menos positivos en su situación de pareja. En otros términos, este ejemplo da lugar a preguntas muy simples en apariencia: ¿cuales son las estrategias que corresponden a dicha perspectiva? ¿Como abordar las diversas situaciones como el apoyo moral y emocional, las habilidades en una situación de crisis, la información, la promoción y la defensa de los derechos (advocacy), en suma todo lo que puede ayudar a las personas a superar ciertas dificultades sociales y psicosociales?

La perspectiva estructural no ofrece respuestas de tipo mágico. Se postula

simplemente que las personas interactúan continuamente con otros individuos y con los sistemas de su entorno. La intervención psicosocial debe ser capaz de analizar los problemas creados por las interacciones que tiene el individuo con su entorno y fomentar las estrategias apropiadas (Haynes, 1992: 44): el desarrollo del conocimiento, la normalización, la colectivización.

PRIMERA PARTE: EL DESARROLLO DEL CONOCIMIENTO

En primer lugar, se plantea la cuestión de los niveles de conciencia y de percepción. Fenómenos como el sexismo, el machismo, el marianismo, el racismo y otros similares generan multitud de actitudes y comportamientos que corresponden a ciertos valores insertos en las estructuras sociales y que marcan profundamente las percepciones de los individuos (Haynes, 1992: 48-49). La intervención entonces debe considerar la dinámica histórica y la situación de la persona y sobre todo, su experiencia en lugar de imponerle una manera de ver y de hacer. Jean Luc Lacroix define esta dimensión de la intervención destacando la unicidad y la identidad individual que derribarían las diferencias e introducirían su negación en la intervención.

«El individuo simboliza la síntesis de las experiencias y valores familiares de varias generaciones. Las familias del pasado ejercen todavía su influencia. Es otra manera de enfocar la terapia familiar. Que tenga ante mí una verdadera familia o un individuo, lo importante es comprender al individuo en su contexto familiar (Lacroix, 1996: 122)».

En una sociedad de inmigración, algunas personas afirman con frecuencia que muchos de los problemas sociales son causados por los inmigrantes, por lo contrario, ciertos inmigrantes atribuyen sus dificultades a la mentalidad de la sociedad en la cual aspiran rehacer sus vidas: así

se plantea el riesgo de cargar todo sobre las espaldas del otro y de interpretar todo a la luz de las experiencias personales o subjetivas. Esta perspectiva conlleva los gérmenes del conflicto y de numerosas incomprendiones entre los diferentes grupos sociales, entre los individuos y entre las instituciones y los solicitantes de servicios. Tener en cuenta los niveles de conciencia significa además entender que la opresión está ligada a una situación colectiva. Esta requiere un análisis estructural que considere a la vez las dimensiones fundamentales, como el hecho de considerar no válidos por ser poco productivos a los excluidos/as de un sistema socioeconómico, y las dimensiones más inmediatas y materiales como las condiciones de vivienda, el nivel de ingresos, etc. (Mullaly, 1993: 165-166). Se trata pues de comprender igualmente el significado cultural de estos componentes de la vida de las personas tanto en los profesionales como en los demandantes de los servicios.

SEGUNDA PARTE: LA NORMALIZACIÓN

El objetivo de la normalización consiste en atender a los demandantes de servicios a fin de que tomen conciencia de que sus problemas o sus situaciones no son únicos. Este modo de entender la realidad permite al individuo darse cuenta que personas con características muy diferentes de las suyas comparten las mismas dificultades. No significa que una perspectiva estructural tenga que ser antipsicológica; sin embargo, se afirma que las situaciones vividas por las personas no se basan necesariamente o solamente en una desviación social de tipo moral o en una dificultad de funcionamiento a nivel emocional. Considerar además que las dimensiones políticas, económicas, sociales, culturales y psicológicas interactúan e influyen en la dinámica personal y sobre el análisis de la situación social vivida por el individuo. Por ejemplo, si una mujer víctima de la violencia de su cónyuge se ve sola y culpa

ble frente a tal situación, la cuestión consiste en como hacerle tomar conciencia de que no se encuentra sola en vivir esta situación. Pobre consolación, se dirá. Sin embargo, esto permite a los individuos retomar confianza y reforzar la búsqueda de soluciones, así como comenzar un proceso de cambio de su situación.

EL TERCER ASPECTO: LA COLECTIVIZACIÓN

Subrayemos en primer lugar que esta dimensión de la perspectiva estructural se aplica en multitud de situaciones y no solo respecto a las personas que han vivido la experiencia migratoria y todo el proceso de adaptación y de integración en una nueva sociedad. Aunque la línea divisoria entre la normalización y la colectivización es muy estrecha, Moreau y Leonard resumen esta estrategia a partir de las dimensiones que serían aplicables en un marco ideal de intervención:

- 1) Hacer comprender a las personas que su situación tiene relación con otras situaciones similares.
- 2) Propiciar grupos de encuentro entre personas que viven situaciones parecidas.
- 3) Reagrupar ciertos servicios con el fin de favorecer las prácticas de autoayuda, desarrollar nuevas formas de servicios, adaptar los servicios a la realidad de diferentes categorías de demandantes de servicios e influir, si es necesario, en el cambio de política de un organismo.
- 4) Trabajar conjuntamente con las organizaciones no gubernamentales. (Moreau y Leonard, 1989:124).

No vamos a desarrollar más los indicadores de este enfoque crítico que atrae a numerosos profesionales. Las dimensiones esenciales pueden traducirse en los siguientes términos: el planteamiento crítico los modelos dominantes en la intervención así como las ideologías globales

que marcan la sociedad, el encuadramiento de las situaciones y de su significado en un contexto dado, la búsqueda de estrategias que destacan los derechos de la persona solicitante de un servicio, el desarrollo de una conciencia crítica que permita a los individuos relacionar su situación con el contexto social, la habilidad de salirse de los marcos estereotipados de la intervención que lleva a menudo a los profesionales a diagnosticar en función de las limitaciones de su saber, mas que a partir de un análisis en profundidad realizado con las personas afectadas por una situación (Bertot y Jacob, 1991: 198-212).

Aunque la intervención no puede basarse en un único modelo de referencia, la intervención familiar y/o conyugal en un contexto de inmigración responde bien a una perspectiva estructural. Villeneuve y Toharia subrayan la importancia de conjugar mas de un enfoque para abordar diversas situaciones de la manera mas exhaustiva posible.

«La integración, a diferencia del eclecticismo, debe basarse en un marco teórico subyacente en el que pueden integrarse otras teorías y prácticas. La perspectiva integradora debe reflejarse en el mas alto nivel de desarrollo teórico y práctico y ser mas unificadora que una perspectiva ecléctica. (...) Según pensamos, la integración no significa partir de cero y elaborar otro modelo que tendría sus propias limitaciones. Se trata mas bien de sintetizar lo que ya conocemos conservando los elementos mas interesantes de los distintos enfoques y uniéndolos de manera útil para cada una de las familias tratadas. El fin último consiste en mejorar la eficacia del tratamiento» (Villeneuve y Toharia, 1997: 107).

Por el contrario, ante las dificultades de adoptar una u otra posición en el proceso de intervención, algunos enfoques presentan limitaciones importantes irreconciliables con un enfoque crítico de las situaciones sociales. El análisis de las situaciones de los inmigrantes y refugiados, particu-

larmente cuando sobrevienen dificultades en el seno de una familia o de una pareja, hace que los profesionales se cuestionen su práctica y emprendan la búsqueda de nuevas pistas acerca de las soluciones. Scapocznik y otros (1997) dan un buen ejemplo de la integración de distintas perspectivas. Presentan un enfoque que reúne los procesos de intervención preventivo y curativo destacando dos aspectos: en primer lugar, ciertas personas desconocen los recursos y no ven como una intervención puede cambiar su situación, de ahí la importancia de un trabajo de sensibilización y de desarrollo de prácticas preventivas, y en segundo lugar, las intervenciones deben considerar distintas dimensiones a la vez (emocionales, económicas, sociales, políticas u ideológicas). Su referencia principal se basa en la teoría socioeconómica de Bronfenbrenner (1977, 1979, 1986) y en otros análisis de intervención con las familias (Hawkins y Weis, 1985; Henggeler y Borduin, 1990; Henggeler, Melton y Smith, 1992; Newcomb y Bentler, 1989; Newcomb y Felix-Ortiz, 1992; Newcomb, Maddahian y Bentler, 1986).

Bronfenbrenner identifica y define cuatro sistemas repetitivos del contexto de la familia (Scapocznik y otros, 1997: 183):

1. Los micro-sistemas son los sistemas que tienen contacto directo con los niños (familia, escuela y pares).
2. Los meso-sistemas son los sistemas resultantes de la interacción de los micro-sistemas, por ejemplo la interacción entre los padres y la escuela.
3. Los exo-sistemas son los sistemas externos que afectan a los miembros de la familia, por ejemplo el medio de trabajo de la madre.
4. Los macro-sistemas son las causas y los aspectos formales de las estructuras sociales que influyen en la familia mediante políticas y modos de regulación (leyes,

niveles de gobierno, tradiciones culturales, acontecimientos internacionales y nacionales, por ejemplo lo que pasa en su región afecta directamente o indirectamente a las familias latinoamericanas).

A esta combinación de dimensiones de los diferentes sistemas, se añade un conjunto de influencias culturales (Scapocznik y Hurtines, 1993). Los autores consideran que el concepto de cultura ha sido muy reducido, simplificado y banalizado para que sirva de clave universal para explicar los problemas especiales vividos por las familias de diversos orígenes latinoamericanos. En realidad, la cultura de origen es una de las posibles referencias ya que un estudio en profundidad revela que las influencias de la cultura de la sociedad de acogida son igualmente determinantes. En otros términos, los inmigrantes representan una síntesis cultural hecha de diferentes influencias.

A modo de conclusión, ante tal situación esbozamos una nueva hipótesis: el estrés de aculturación puede causar rupturas porque es revelador de conflictos intra-familiares, por lo que es importante analizar dos niveles de factores interrelacionados:

1) Las dimensiones culturales para entender los determinantes propios de la cultura del individuo.

2) Las dimensiones del contexto social, es decir las interacciones entre los individuos y su entorno (escuela, pares, comunidad y las relaciones entre los sistemas sociales y económicos) y el funcionamiento de la familia definido como un conjunto de interacciones insertas en modelos repetitivos (Scapocznik y otros, 1997: 167).

El individuo no inventa su historia personal de manera aislada. Crea la de los suyos y la suya propia teniendo en cuenta la cultura del medio. Los relatos se encuentran siempre ligados al contexto y a las ideas o discursos sociales dominantes. Michel Foucault, eminente crítico de

la intervención psicosocial, se rebelaba contra el poder de los expertos que controlan y definen las normas de comportamiento. Calificaba a los profesionales de «jueces de la normalidad» que someten a la normativa el cuerpo, los gestos, los comportamientos, las conductas, las aptitudes y los actos (Foucault, 1975: 331).

En suma, los profesionales de la intervención deben replantearse continuamente su poder y su modo de entender las diversas realidades. Para resumir, nuestro poder profesional deber permanecer en segundo lugar, el dar competencias (empowerment) a los individuos y a las familias constituye el corazón de la intervención. En este sentido, Williams y Finger Wright tienen la última palabra (1992: 27). Proponen una perspectiva de fortalecimiento o de potenciación (empowerment) fundada en un análisis crítico del funcionalismo estructural debido a que la pérdida de poder es un fenómeno holístico sistémico, fenómeno fundado sobre el racismo y las diferencias entre clases sociales. El funcionalismo estructural es el marco dominante en las sociedades capitalistas modernas ya que parte de la idea que la sociedad constituye un conjunto de sistemas divididos en varios segmentos según un orden social dado. En este gran conjunto, cada componente de la sociedad juega un rol en el mantenimiento del orden social. Además, se parte del principio que cada persona tiene la misma oportunidad en la sociedad. Evidentemente, este análisis hace abstracción de los sistemas sociales, económicos, políticos e históricos que contribuyen a mantener a los grupos y a los individuos en una situación de exclusión social. El dar competencias (empowerment) es útil para la comprensión de la situación de los grupos minoritarios y para desarrollar las perspectivas de intervención que tengan en cuenta las distintas dimensiones de las situaciones.

En el caso que nos ocupa, de partida creíamos que la experiencia migratoria podía ser el acontecimiento central a partir del cual los individuos interpretaban su

situación. Esto representa un aspecto capital pero no necesariamente determinante. Algunas situaciones provienen del hecho de haber inmigrado, por ejemplo vivir la experiencia de ser víctima del racismo o de la discriminación, vivir con las barreras lingüísticas, hacer frente a las dificultades de inserción laboral, vivir la confusión de los nuevos códigos de comunicación, etc. A pesar de todas estas dificultades, la experiencia migratoria no es necesariamente el factor determinante en la ruptura o mantenimiento de la pareja. Como acontecimiento, la migración sirve de referencia al individuo para explicar su propia búsqueda de sentido, su relación con la sociedad, con su medio de vida y con su vida de pareja. De manera general, los relatos de vida desvelan su riqueza debido a los vínculos entre los acontecimientos y el sentido dado por el individuo. La experiencia migratoria sirve de unión integradora para explicar la nueva dinámica social en la que el individuo se inserta. En cierto modo, le permite interpretar su relación con la sociedad y las situaciones vividas por él. Un buen número de acontecimientos que marcan su vida le sirven de guía. La inmigración es uno de ellos. La interpretación de la experiencia migratoria se convierte en filtro de la comprensión que el individuo tiene actualmente de su situación, fenómeno por otra parte traumatizante a muchos niveles.

Volvamos al significado de la migración respecto a la ruptura de las relaciones o a

su mantenimiento. Los auténticos problemas de las parejas, poco importa si su origen es étnico o nacional, tienen que ver con factores endógenos como los problemas de comportamiento, las diferencias acerca de la educación de los hijos, el alcoholismo, el adulterio y los problemas de estrés derivados del trabajo o de la inseguridad económica. Algunos ejemplos apoyan nuestra afirmación. Las malas condiciones de trabajo, la excesiva preocupación por el éxito profesional y las dificultades económicas forman un trío de problemas relacionados con el medio socioeconómico de las parejas que son a menudo objeto de discusión y de conflictos en razón de la naturaleza ansiógena de dichas situaciones. Además de las reacciones personales a nivel emocional, las personas olvidan a menudo considerar los factores estructurales que las sitúan en dichas situaciones. El hecho de verse obligados a introducirse en el mercado de trabajo a veces sin superar las barreras lingüísticas es un factor ansiógeno. De igual modo, a nivel social, las discusiones sobre la educación de los hijos, las frustraciones respecto a los «ambiciosos» proyectos para el futuro o simplemente la dificultad que conlleva ser padres, se presentan como factores ansiógenos y conflictivos de manera significativa. Comportamientos como el adulterio, la violencia conyugal y el alcoholismo constituyen otros factores que determinan directamente la evolución de la pareja en su trayectoria hacia la ruptura.

NOTAS

¹ Noción entendida en el sentido amplio a nivel de los vínculos y de las organizaciones con valores físicos

o simbólicos que dan cierto sentido de pertenencia a las personas o grupos.

BIBLIOGRAFÍA

Berry, Hohn, Poortinga, Ype Y., Segall, Marshall H., Dasen, Pierre R. (1992). *Cross-cultural Psychology: Research and Applications*. Cambridge University Press.

Bertot, Jocelyne et Jacob, André (1991). *Intervenir avec les immigrants et les régugiés*. Montréal, Méridien.

Biegel, David e. (1984). *Help seeking and receiving in urban ethnic neighborhoods: Strategies for empowerment*. New York, The Haworth Press.

Bronfenbrenner, U. (1977). *Toward an experimental ecology of human development*. *American Psychologist*, 32, 513-531.

Bronfenbrenner, U. (1979). *The ecology of human development*. Cambridge, MA: Harvard University Press.

Bronfenbrenner, U. (1986). *Ecology of the family as a context for human development: Research perspective*. *Developmental Psychology*, 22 (6), 723-742.

Germain, C. (1975). *Social study: Past and present*. In B.R. Compton & B. Galaway (Eds). *Social work processes* (3rd ed.). Homewood, IL: Dorsey Press.

Hardy, Kenneth V. (1989). *The theoretical myth of sameness: A critical issue in family therapy training and treatment*, in George W. Saba, Karren M. Betty et Kenneth V. Hardy (eds.). *Minorities and family Therapy*. New York, The Haworth Press. Pages 17-33.

Hawkins, J.D. & Weis, J.G., (1985). *The social developmental model: An integrated approach to delin-*

quency prevention. *Journal of Primary Prevention*, 6, 73-97.

Haynes, Alphonso W. & Singh Ram N. (1992). *Ethnic-sensitive social work practice: an integrated, ecological, and psychodynamic approach*. *Journal of Multicultural Social Work*, 2 (2): 43-52.

Henggeler, S.W. & Borduin, C.M., (1990). *Family therapy and beyond: A multisystemic approach to treating the behavior problems of children and adolescents*. Pacific Grove, CA: Brooks/Cole.

Hengeler, S.W., Melton, G.B., & Smith, L.A. (1992). *Family presentation using multisystemic therapy: An effective alternative to incarcerating serious juvenile offenders*. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 60, 953-961.

Lacroix, Jean-Luc (1996). *La thérapie familiale et le modèle Satir*. *Le travailleur social*, 64 (3): 115-125.

Longres, J.F., (1991). *Toward a status model of ethnic sensitive practice*. *Journal of Multicultural Social Work*, 1, 1-56.

Moreau, Maurice J. (1979). *A structural approach to social work practice*. *Canadian Journal of Social Work Education*. (1):

Moreau, Maurice J. & Leonard, Peter (1989). *Empowerment Through a Structural Approach to Social Work*. (Ottawa: Carleton University School of Social Work).

Mullaly, Robert (1983). *Structural social work: Ideology, theory and practice*. Toronto, McClelland & Stewart, Inc.

Newcomb, M.D. & Bentler, P. (1989). Substance use and abuse among children and teenagers. *American Psychologist* (Special issue on children and their development: Knowledge base, research agenda and social policy application), 44 (2), 242-248.

Newcomb, M.D. & Felix-Ortiz, M. (1992). Multiple protective and risk factors for drug use and abuse: Cross-sectional and prospective findings. *Journal of Personality and Social Psychology*, 63 (2), 280-296.

Newcomb, M.D., Maddahian, E. & Bentler, P.M. (1986). Risk factors for drug among adolescents: Concurrent and longitudinal analyses. *American Journal of public Health*, 76, 525-531.

Padilla, Yolanda C. (1996). Incorporating social science concepts in the analysis of ethnic issues in social

work: The case of Latinos. *Journal of Multicultural Social Work*, 4 (3): 1-12.

Scapocznik, José et coll. (1997). The evolution of structural ecosystemic theory for working with latino families, in Garcia, Jorge G. & Zea, Maria Cecilia (eds) *Psychological Interventions and Research with Latino Populations*. Boston, Allyn and Bacon. Pages 166-190.

Touraine, Alain (1997). *Pourrions-nous vivre ensemble? Égaux et différents*. Paris, Fayard.

Villeneuve, Claude & Toharia, Angeles (1997). *La thérapie familiale apprivoisée*. Montréal, Presses de l'Université de Montréal.

Williams, Sharon E. & Finger Wright, Dolores (1992). Empowerment: The strengths of black families revisited. *Journal of Multicultural Social Work*, 2 (4): 23-36.